



sedumbre admirable, singularmente escogido de Dios y el objeto de sus complacencias, declara á los gentiles el juicio de ellos; las islas esperan su ley; que así llaman los hebreos la Europa y los países distantes. No hará rumor alguno, apenas se oirá su voz; tan dulce será y apacible. No pisará una caña quebrada, ni apagará una mínima parte de lienzo quemado que humee. Tan lejos estará de oprimir á los débiles y pecadores, que antes bien su voz caritativa los llamará, y su mano benéfica será su apoyo. Abrirá los ojos á los ciegos, y sacará de la prisión los cautivos. Su poder no será menor que su bondad. Es su carácter esencial el tener junta la dulzura con la eficacia; por eso aquella voz tan dulce pasará en un momento de un extremo del mundo al otro, y sin causar sedición alguna entre los hombres, excitará toda la tierra. No es áspero ni impetuoso; y aquel que apenas era conocido cuando estaba en la Judea, no sólo será el fundamento de la alianza del pueblo, sino también la luz de todos los gentiles (1). Bajo de su reinado admirable, los asirios y los egipcios ya no formarán con los israelitas sino un mismo pueblo de Dios. Todo se vuelve Israel; todo se vuelve santo. Ya no es Jerusalem una ciudad particular; es la imagen de una nueva congregación en que todos los pueblos se juntan: la Europa, el Africa y el Asia reciben predicadores, en que Dios ha puesto su señal, á fin de que descubran su gloria á los gentiles. Los elegidos, llamados hasta entonces con el nombre de Israel, tendrán otro nombre, en que estará señalado el cumplimiento de las promesas y un *amen* bienaventurado. Los sacerdotes y los levitas, que descendían hasta entonces de Aaron, saldrán en adelante de entre la gentilidad. Un nuevo sacrificio, más puro y agradable que los antiguos, será sustituido en su lugar, y se sabrá por (2) qué David había celebrado un pontífice de un nuevo orden. El Justo descenderá del cielo como un rocío, la tierra producirá su pimpollo, y este será el Salvador, con el cual se verá nacer la justicia. El cielo

(1) Isai. XIX, 24, 25.

(2) Psal. CIX. Isai. XLV, 8, 23, 24.

y la tierra se unirán para producir, como de un comun parto, aquel que será celestial y juntamente terrestre; descubriránse al punto nuevos modelos de virtudes en sus ejemplos y en su doctrina, y la gracia que derramará la imprimirá en los corazones; y Dios jura por sí mismo que no habrá rodilla que (1) en su presencia no se doble, ni lengua que su poder supremo no reconozca.

Esta es una parte de las maravillas que Dios ha mostrado á los profetas en tiempo de los reyes hijos de David, y á David antes que á los demás. Todos anticipadamente han escrito la historia del Hijo de Dios, que había también de ser hijo de Abraham y de David. Así, todo ha sido consiguiente en el orden de los consejos de Dios. Aquel Mesías mostrado desde lejos como hijo de Abraham, ha sido después mostrado desde más cerca como hijo de David. Un imperio eterno le está prometido; el conocimiento de Dios, difundido por todo el Universo, está notado como la señal cierta y como el fruto de su venida; la conversión de los gentiles y la bendición de todos los pueblos del mundo, prometida tanto tiempo antes á Abraham, á Isaac y á Jacob, es nuevamente confirmada, y todo el pueblo de Dios vive en esta esperanza.

Entre tanto, continúa Dios en gobernarle de un modo admirable. Hace un nuevo pacto con David, y se obliga á proteger á él y á los (2) reyes sus descendientes, si se arreglaren á los preceptos que Moisés les ha dado; si no, les denuncia rigurosos castigos. David, que se olvida por poco tiempo, es el primero que los prueba; pero habiendo reparado su culpa con su penitencia, es colmado de bienes y propuesto como el modelo de un rey perfecto. El trono se afirma en su casa. En tanto que Salomon, su hijo, imita (3) su piedad, es dichoso; descaminase en la vejez, y Dios, que le sufre por su siervo David, le denuncia que le castigará en la persona de su hijo. Así manifiesta á los padres que, según el orden secreto de sus

(1) Isai. XLV, 23.

(2) II Reg. VII, 8, et seq. III Reg. IX, 4, et seq. II Par. 17, et seq. II Reg. XI, XII, et seq.

(3) III Reg. XI.



juicios, hace durar después de su muerte, ó sus recompensas ó sus castigos, y los tiene sujetos á sus leyes por su más apreciado interés, que es el interés de su familia. En ejecución de sus decretos, Roboan, naturalmente temerario, es abandonado á un consejo insensato, y su reino queda disminuido de diez tribus. Pero al paso que estas, rebeldes y cismáticas, se apartan de su Dios y de su rey, los hijos de Judá, fieles á Dios y á David, su escogido, permanecen en la alianza y en la fe de Abraham. Los levitas se les juntan con Benjamin; subsiste por su unión el reino del pueblo de Dios debajo del nombre del reino de Judá, y se mantiene allí enteramente la ley de Moisés.

Sin embargo de las idolatrías y de la espantosa corrupción de las diez tribus separadas, se acuerda Dios de su alianza con Abraham, Isaac y Jacob. No se extingue su ley entre aquellos rebeldes, ni cesa él de llamarlos á la penitencia con milagros innumerables y continuas advertencias que por sus profetas les envía; pero obstinados en su delito, no puede más sufrirlos, y los arroja de la tierra prometida sin esperanza de restablecimiento.

EPOCA TERCERA

Desde las olimpiadas hasta Alejandro Magno.

Esta época nos ofrece el desenvolvimiento y desarrollo de los hechos de la vida humana, desde la era de las olimpiadas, verdadero punto de partida de los tiempos históricos de la Grecia, hasta los últimos días del imperio de Alejandro Magno. Bossuet y César Cantú, generalizando el contenido de esta época, nos la ofrecen cada uno bajo el punto de vista que considera la Historia; Bossuet, como el desarrollo de los imperios y continuación de la religión; César Cantú, como el momento histórico de la superioridad y triunfo de la civilización europea sobre la asiática. Para nosotros esta época de movimiento y de luchas, de politeísmo y refinada cultura, ofrece sin duda al ánimo pensador el hecho del tortuoso camino de la civilización social, cuando sin una ley providencial que cumplir, sin una noción clara del origen de la vida, sin una creencia cierta y arraigada en la existencia de un Sér Supremo, y sin un fin que cumplir, va la humanidad entre polvo

y ruinas, y sangre y embravecidas olas, como en Maraton y en Salamina, en Platea y Arginusas; en Egospotamos y Cunoxa, en Granico, Arbela é Issó, como en Tiro, Gaza y Babilonia, tumba de Alejandro Magno, cuya soberbia lloró la pequeñez del mundo, buscando inútilmente entre los vítores de las batallas ganadas y las lágrimas de los vencidos, el bien y la felicidad, que no es posible á la humanidad lograr por esos caminos.

Déjase sentir en la marcha de los destinos de la humanidad la benéfica acción de la Providencia, tanto más, cuanto más íntimamente vive unido el hombre; y á medida que se aleja de su ley, le vemos caer de precipicio en precipicio, ó girar como estrella errante y perdida en las regiones del espacio. En la primera época, la criatura está más cerca de su felicidad, porque está más cerca de Dios; en la segunda, con su caída y con el castigo patente de sus maldades reprimidas, vuelve sus ojos al cielo, y hállase el pueblo de los justos; en la tercera, una gran parte de los hombres, sin fe en lo pasado y sin esperanza en lo porvenir, doblan su rodilla ante el becerro de oro, ante los dioses de barro, y la esclavitud y el vicio, y la pestilencia y la tiranía, extienden sus negras alas sobre la tierra, como enemigos mortales de la verdad, del bien y de la libertad.

La era de las olimpiadas es el verdadero punto de partida en esta época, la cual nos ofrece la inestabilidad de las instituciones humanas en el Arcontado, impotente para lograr la felicidad del pueblo que la estableció; el duro derecho escrito de Dracon, la república democrática de Solón, la memorable tiranía de Pisistrato, la caída de Hippias, la legislación de Licurgo, las campañas entre griegos y persas, motivadas por la rebelión de la Jonia, auxiliada por los atenienses, para conquistar su independencia, y por las constantes instigaciones de Hippias al rey Darío I, que aspiraba á dominar la Grecia para recobrar la soberanía de Atenas; la invasión de la Grecia por los persas, su derrota en Marathón por Milciades, la gloria de Leónidas sucumbiendo heroicamente en las Termópilas por obedecer las leyes de Esparta, el triunfo naval de Salamina por Te-



mistocles y Euribiades, viéndose al fin terminadas las guerras médicas, después de cincuenta y un años, por la paz de Cimón, segura garantía de libertad para las ciudades del Asia Menor.

Síguense en esta época los hechos notables de la guerra del Peloponeso, hija de la rivalidad entre Atenas y Esparta, la cual termina por la victoria de Lisandro, que se apodera de Atenas y la somete á la dominación de su patria, poniendo fin á la guerra al cabo de veintisiete años de duración; los excesos de los treinta tiranos en Atenas, el glorioso levantamiento de Argos, Atenas, Corinto y Tebas, y la regeneración de esta última ciudad, si bien después de la muerte de Pelópidas y Epaminondas, Tebas volvió á su antigua postración; la debilidad de los Estados griegos para resistir á Macedonia, los triunfos de Alejandro y sus victorias sobre Darío en el Granico, Arbelá é Issó.

«Sólo un pueblo, dice Cantú, tiene una historia propia, el de Israel; pero la de los demás, ó calla ó se mece en ficciones, que merecieron á aquella edad el título de fabulosa. Sólo en el siglo VIII antes de Cristo empiezan á ordenarse los hechos por tiempos; y la era de las Olimpiadas (776) para la Grecia, la de la fundación de la ciudad (754) para los romanos; la de Nabonasar para los babilonios y egipcios, manifiestan que á la fábula sucede el tiempo histórico, á la edad de los héroes la de los hombres. La religión presenta la primera certeza cronológica en la lista de los sacerdotes, conservada por la casta sacerdotal; de estas, de los templos y de los tesoros, sacó Herodoto todos sus conocimientos, y después Pausanias refirió á monumentos religiosos todas las particularidades históricas.

Robustécese en Oriente la civilización, y la raza de los persas desciende de las montañas para rejuvenecer á los afeminados medos y fundar uno de los más vastos imperios. Podría muy bien decirse que este imperio, celoso de la pequeña Europa, que sale á conquistar ciencias, artes y leyes, vomita sobre ella torrentes de hombres, pidiéndola la tierra y el agua. Es el pasado que se enfurece contra el porvenir, la raza inmóvil contra la progresiva.

Del mismo modo que Homero había cantado el primer combate entre el Asia y la Europa, sacando de la bárbarie la piedad y la admiración; así Herodoto, testigo de la guerra pérsica, nos la trasmite en una narración, cuya unidad es precisamente la rivalidad entre Oriente y Occidente. En Maratón, en Salamina y en Platea se decide la superioridad de la civilización europea sobre la asiática, y muy luego los pueblos que en un principio estaban separados, se aproximan y mutuamente se conocen; el espíritu humano en el siglo desde Pericles á Alejandro, recorre mayor camino que el que en muchos siglos le habían señalado la imaginación de los indios, la profunda inteligencia de los egipcios, el frío raciocinar de los chinos ó la voluntad obstinada de los israelitas. Narrando la guerra médica y la del Peloponeso, adquiere la relación el interés de la epopeya entre el vuelo gigantesco del pensamiento y de las Bellas Artes, entre los distinguidos caracteres de los héroes, que conservan hasta en los delitos su grandeza, y que se nos presentan al través de la ilusión que causan, la distancia y la pluma de incomparables escritores.

Pero el Oriente, rechazado por las armas, subyuga con el ejemplo; la Grecia se doblega ante las costumbres del Asia, y después de la paz de Antalcidas, el gran rey la organiza á su gusto. En tanto, para impedir que se corrompa completamente, baja del Septentrion una nueva gente, la Macedonia; y Alejandro, con una sublime reacción, trata de colocar la civilización griega á la cabeza de la unidad oriental, consiguiendo únicamente plantar en el corazón del Asia un imperio europeo, y fundar entre esta y el África una ciudad, que dará nuevo centro al comercio, y donde el genio griego, impotente ya para crear, se sentará entre los dos mundos, para explicar al nuevo los arcanos del antiguo.

Alejandro, y más que él sus sucesores, se dejan enervar por los vencidos, y se convierten en príncipes orientales; pero la civilización ha salido del santuario para hacerse proclamar en las escuelas, y propagada por las escuelas por toda la costa del Mediterráneo, da un gran paso conquistando la Italia.



La variedad, carácter griego en las instituciones, en las artes, en la ciencia, tiende en Italia á aglomerarse en derredor de Roma, que constituida con elementos discordes, sale á la conquista de la libertad propia y de los territorios ajenos; grande en las victorias, más grande en los desastres, y atenta á espiar en la paz la oportunidad de asegurar el buen éxito en la guerra. Roma, más joven, ha perdido de vista en sus orígenes á los dioses, y mira como su fundador á un héroe. Su historia es la de una ciudad mirada en pequeño. En grande, es la historia de todo: el antiguo heroísmo; la liza en que combaten lo finito con lo infinito; la generalidad abstracta con la personalidad libre; la aristocracia, representante de la estabilidad asiática, con la democracia engendrada por el movimiento europeo. Y prevalece este; y la *edad humana* de Vico, que no se vió jamás en la Grecia, nace con la verdadera libertad en Roma, la primera que trata de unir, fundir y organizar los pueblos, hasta entonces reducidos á comunidades particulares, ó á aglomeraciones forzadas.

Oscurcido en este cuadro el pueblo de Israel en esta época, Bossuet nos le retrata en su descripción en los siguientes brillantes términos:

«Cerca del año 3000 del mundo, en el 488 después de la salida de Egipto, y por ajustar los tiempos de la historia santa á los de la profana, 180 años después de la ruina de Troya, 250 años antes de la fundación de Roma y 1000 años antes de Jesucristo, acabó Salomón de fabricar aquel portentoso edificio, cuya dedicación celebró con una piedad y magnificencia extraordinaria. Fué esta acción prodigiosa seguida de otras maravillas que sucedieron en su reinado, cuyo fin desacreditaron sus vergonzosas fragilidades. Abandónase al amor de las mujeres, su entendimiento se entorpece, su corazón se afemina, y su piedad degenera en idolatría. Dios, justamente irritado, aunque en memoria de su siervo David le eximió del castigo, no quiso dejar enteramente sin él su ingratitud, y dividió su reino después de su muerte, bajo del gobierno de Roboam, su hijo. Su orgullo brutal hizo perder á este jó-

ven príncipe diez tribus, que Jeroboam separó de su Dios y de su rey; y temiendo que se volviesen al dominio de los reyes de Judá, prohibió que fuesen á sacrificar al templo de Jerusalén, y erigió los becerros de oro, dándoles el nombre de Dios de Israel, á fin de que pareciese menos extravagante la mudanza. La misma razón le hizo retener la ley de Moisés, aunque interpretándola á su modo; pero hacia observar casi toda la policía, tanto civil como religiosa. De manera, que el *Pentateuco* fué siempre venerado de las tribus separadas. Así fué erigido el reino de Israel contra el de Judá. En aquel triunfaron la impiedad y la idolatría; en este, aunque oscurecida frecuentemente la religión, no dejó siempre de conservarse. Eran poderosos en estos tiempos los reyes de Egipto, porque los cuatro reinos se habían reunido debajo del de Tebas. Créese que Sesostris, aquel famoso conquistador de los egipcios, es el Sesac, rey de Egipto, de quien Dios se sirvió para castigar la impiedad de Roboam. En el reinado de Abías, hijo de Roboam, se ve la famosa victoria que le alcanzó su piedad contra las tribus cismáticas. A su hijo Asa, cuya piedad alaba la Escritura, también nota de haber en sus enfermedades atendido más á los socorros de la medicina que á la bondad de su Dios. En su tiempo, Amrí, rey de Israel, fabricó á Samaria, donde estableció la silla de su reino.

Sigue á este tiempo el reinado admirable de Josafat, en que florecen la piedad, la justicia, la navegación y el arte militar. En tanto que en su persona hacia ver al reino de Judá otro David, Achab, y su mujer Jezabel, que reinaban en Israel, juntaban con la idolatría de Jeroboam todas las impiedades de los gentiles. Ambos perecieron miserablemente, porque Dios, que había tolerado sus idolatrías, resolvió vengar en ellos la sangre de Naboth, á quien habían hecho morir por haber rehusado, en conformidad de la ley de Moisés, venderles en perpetuidad la heredad de sus padres. Fuéles pronunciada la sentencia por boca del profeta Elías, y algún tiempo después Achab muerto, sin embargo de las precauciones que había tomado para salvarse. Es necesario si-



tuar hácia este tiempo la fundacion de Cartago, que Dido, venida de Tyro, fabricó en un lugar en que, á ejemplo de ella, pudiese comerciar con ventaja y aspirar al imperio del mar. Es difícil de señalar el tiempo en que tomó forma de república, la cual, como estaba mezclada de tirios y africanos, fué juntamente guerrera y mercantil. Los historiadores antiguos, que ponen su origen antes de la ruina de Troya, dan motivo para conjeturar que Dido sólo la aumentó y fortificó, pero que no puso los fundamentos de ella. Mudaron las cosas de semblante en el reino de Judá, porque Athalia, hija de Achab y de Jezabel, llevó consigo la impiedad á la casa de Josafat; y Joram, hijo de un príncipe tan piadoso, quiso más imitar á su suegro que á su padre. Hízole Dios sentir la fuerza de su mano; fué corto su reinado, y su fin espantoso. En medio de estos castigos, obraba Dios prodigios inauditos, en favor también de los israelitas, llamándolos por este medio al arrepentimiento. Pero ellos vieron, sin convertirse, las maravillas de Elías y Eliseo, que profetizaron durante los reinados de Achab y de cinco sucesores suyos. En este tiempo floreció Homero, y treinta años antes que él Hesiodo. Las costumbres antiguas que nos representan, y los vestigios que no sin gran esplendor todavía mantienen de la antigua sinceridad, no poco nos sirven para hacernos conocer antigüedades aún mucho más remotas y la divina sencillez de la Escritura. En los reinos de Judá y de Israel se vieron espectáculos asombrosos. Jezabel fué precipitada de orden de Jehú desde lo alto de una torre y pisada de los caballos, sin que de nada le hubiese servido su prevenido adorno. También hizo matar á Joram, hijo de Achab, cuya casa quedó enteramente exterminada, y poco faltó para que no envolvese en sus ruinas la de los reyes de Judá. El rey Ochosías, hijo de Joram, rey de Judá y de Athalia, fué muerto en Samaria con sus hermanos, como hermano y amigo de los hijos de Achab. Luego que llegó esta noticia á Jerusalem, resolvió Athalia hacer morir el resto de la familia real, sin reservar sus hijos, sacrificando á su ambicion de reinar sola la vida de todos. Sólo Joás, hijo de Ochosías, infante

aún en la cuna, fué robado al furor de su abuela. Jesabet, hermana de Ochosías y mujer de Joyada, sumo pontífice, le ocultó en la casa de Dios, y salvó esta preciosa reliquia de la familia de David, quedando Athalia sin temor por creerle muerto con todos los demás. Por este tiempo daba Licurgo leyes á Lacedemonia. Ha sido reprendido de haberlas ordenado todas para la guerra, á ejemplo de Minos, cuyas instituciones habia seguido, y de haber dado poca providencia á la modestia de las mujeres; cuando por hacer soldados obligaba los hombres á una vida tan laboriosa y templada. No habia entre tanto en Judea quien inquietase á Athalia, y ya se creia segura con el reinado de seis años; pero Dios le criaba un vengador dentro del sagrado asilo de su templo. Cuando llegó á tocar la edad de siete años, le dió Joyada á conocer á algunos principales cabos del ejército real, cuya confianza cuidadosamente habia ganado, y asistido de los levitas, consagró en el templo al jóven rey. Todo el pueblo reconoció sin dificultad al heredero de David y de Josafat; y Athalia, que acudió al rumor para disipar la conjuracion, fué arrancada del recinto del templo y tratada como sus delitos merecian. En tanto que Joyada vivió, hizo Joás guardar la ley de Moisés; pero despues de la muerte de aquel santo pontífice, corrompido de las lisonjas de sus cortesanos, se abandonó con ellos á la idolatría. Quiso prenderle el pontífice Zacarias, hijo de Joyada, y Joás, sin acordarse de lo que debia á su padre, mandó apedrearle; pero bien inmediatamente tuvo sobre sí la venganza, porque derrotado el año siguiente por los sirios, cayó en desprecio de los suyos, y asesinado por ellos, fué Amasías, su hijo, más digno que él, elevado al trono. El reino de Israel, á quien las victorias de los reyes de Siria y las guerras civiles habian abatido, recobraba sus fuerzas debajo de Jeroboam II, más piadoso que sus predecesores. Ozías, ó por otro nombre Azarias, hijo de Amasías, no gobernaba con menor gloria el reino de Judá.

Este es el famoso Ozías, infecto de la lepra, tantas veces reprendido en la Escritura por haberse atrevido en sus últimos dias á ejercer



el oficio sacerdotal, y á ofrecer él mismo el incienso sobre el altar de los perfumes, contra la prohibicion de la ley. Fué, segun ella, preciso, aunque era rey, suspenderle el ejercicio de su dignidad; y Joatham su hijo, y despues su sucesor, gobernó sábiamente el reino. En el reinado de Ozías, los santos profetas, de quienes los principales en aquel tiempo fueron Oseas é Isaias, empezaron á publicar sus profecías, por escrito y en libros particulares, cuyos originales depositaban en el templo para que sirviesen de monumento á la posteridad. Las profecías de menor extension y hechas solamente á viva voz, se registraban, segun costumbre, en sus archivos con la historia del tiempo. Restableciéronse los juegos olímpicos, instituidos por Hércules y largo tiempo interrumpidos. De este restablecimiento proceden las olimpiadas, por donde los griegos computaban los años. Este término tienen los tiempos que llama Varron fabulosos, porque hasta esta data se hallan las historias profanas llenas de confusion y de fábulas; y desde él tienen principio los tiempos históricos, en que por relaciones más fieles y puntuales se refieren los sucesos del mundo. Es señalada la primera olimpiada por la victoria de Corebo. Renovábanse estas cada cinco años, y despues de la revolucion, de cuatro. Congregada entonces toda la Grecia, primero en Pise y despues en Elide, se celebraban aquellos famosos combates, en que con aplausos increíbles eran coronados los vencedores; tal es el honor en que estaban aquellos ejercicios, y tal el medio con que se hacia la Grecia más fuerte cada dia y se pulian sus costumbres. Estaba aún la Italia casi del todo inculta, y los reyes latinos, descendientes de Eneas, reinaban en Alba. Phul era rey de Asiria. Créesele padre de Sardanápalo, llamado, segun la costumbre de los orientales, Sardan Phul, esto es Sardan hijo de Phul. Créese también, que este Phul ó Pul, fuese el rey de Ninive, que hizo penitencia con todo su pueblo convertido de la predicacion de Jonás. Convidado este príncipe de las disensiones del reino de Israel, iba á invadirle; pero aplacado por Manahem, le aseguró en el trono que acababa violentamente de usurpar, y recibió en

reconocimiento un tributo de mil talentos. En tiempo de su hijo Sardanápalo y despues de Alcmæon, último Archonté perpétuo de los atenienses, este pueblo, á quien insensiblemente conducia su genio al estado popular, disminuyó el poder de sus magistrados, y redujo á diez años la administracion de los Arcontes, siendo Carope el primero que la ejerció de este modo. Rómulo y Remo, descendientes de los antiguos reyes de Alba por su madre Ilia, restablecieron en este reino á Numitor, su abuelo, á quien habia desposeído su hermano Amulio, y luego despues fundaron á Roma en tiempo que Joatham reinaba en Judea.

Esta ciudad, que habia de ser señora del universo, y despues Silla principal de la verdadera religion, fué fundada al fin del tercer año de la sexta olimpiada, cerca de 430 años despues de la toma de Troya, de donde creian los romanos haber salido sus progenitores, y 753 años antes de Jesucristo. Rómulo, criado laboriosamente con los pastores, y siempre en los ejercicios de la guerra, consagró esta ciudad al Dios de las batallas, á quien llamaba su padre. Hácia los tiempos del nacimiento de Roma, la vida torpe y perezosa de Sardanápalo causó la caída del primer imperio de los asirios. Los medos, pueblos belicosos, excitados de los razonamientos de Arbaces, su gobernador, dieron á todos los vasallos de aquel príncipe afeinado el ejemplo de despreciarle. Todo se sublevó contra él, y en fin, pereció en su córte, donde se vió precisado á quemarse con sus mujeres, sus eunucos y sus riquezas. De las ruinas de este imperio se ven levantarse tres grandes reinos. Arbaces ú Orbaces, á quien algunos llaman Pharnaces, libértó los medos, que despues de una larga anarquía tuvieron muy poderosos reyes. Sucedió la muerte de Sardanápalo, se ve salir luego un reino de los Asirios, cuya capital permaneció en Ninive, y el reino de Babilonia; estos dos últimos no son desconocidos á los autores profanos, y son célebres en la historia santa. El segundo reino de Ninive fué fundado por Thilgath ó Theglath, hijo de Phalasar, llamado por esta razon Theglathphalasar, á quien también se da el nombre de Nino el Jóven. Baladan, llamado de los